Aprender a no ver: la pedagogía de la crueldad y los animales

Noviembre de 2026

La crueldad hacia los animales no empieza con un acto cruel. Empieza mucho antes, cuando aprendemos a mirar lo vivo como si fuera una cosa. La antropóloga Rita Segato le puso nombre a ese aprendizaje, y la bioética puede usarlo para preguntarse qué nos obliga a hacer.

Lo que vemos y lo que no

Un video de un perro maltratado en la calle puede indignar a miles de personas en una tarde. Una foto de decenas de perros tirados en el piso, recuperándose de una castración en un operativo masivo, no indigna a nadie. Al contrario: se comparte como un logro. Y sin embargo, en esa foto también hay animales que sufren, y muchas veces más de lo necesario.

No es que no veamos la foto. Es que aprendimos a no ver lo que muestra. La pregunta de este artículo no es quién es cruel. Es otra: ¿cómo aprendemos a mirar a un ser vivo como si fuera una cosa, incluso cuando lo que buscamos es su bien? Y, sobre todo, ¿cómo se desaprende?

La crueldad se aprende

Rita Segato, antropóloga argentina, pasó décadas estudiando la violencia: escuchó a presos condenados por violación en la cárcel de Brasilia y trabajó con las madres de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. De ese recorrido salió una idea que expuso en *Contra-pedagogías de la crueldad* (2018). Llama pedagogía de la crueldad a "todos los actos y prácticas que enseñan, habitúan y programan a los sujetos a transmutar lo vivo y su vitalidad en cosas".

La palabra clave es *pedagogía*. Segato no habla de monstruos ni de individuos raros. Habla de algo que se enseña y se aprende, como se aprende una lengua: sin darnos cuenta, por repetición, en el aire que respiramos. Lo que se aprende es a convertir lo vivo, que es "errante e imprevisible", en una cosa "mensurable, vendible, comprable y obsolescente".

Segato escribe pensando en las personas, sobre todo en las mujeres. Pero su definición habla de "lo vivo", y ahí entran también los animales. De hecho, muchas prácticas que consideramos normales con los animales encajan de lleno en esa definición.

Cómo se aprende a no ver

Segato describe varias vías por las que se enseña la crueldad. Todas se reconocen en nuestra relación con los animales.

- **La repetición.** "La repetición de la violencia produce un efecto de normalización de un paisaje de crueldad" y baja los umbrales de empatía. Lo que se ve todos los días deja de verse: la jaula, el hacinamiento, el descarte de rutina.
- **El lenguaje.** Segato dice que el lenguaje es "el artefacto más automático" de la cultura y que, una vez instalado, es muy difícil de romper. Hablamos de "producción", "rendimiento", "faena", "descarte", "plaga", "control poblacional". Ninguna de esas palabras nombra a alguien. Todas nombran una cosa o un proceso.
- **La distancia.** Entre los rasgos que una contra-pedagogía tiene que desarmar, Segato enumera el "burocratismo, distanciamiento, tecnocracia, formalidad, universalidad". La ciudad no ve el galpón. El consumidor ve una bandeja. La norma habla de "el animal" en singular, como si una gallina, un jabalí y un perro fueran lo mismo. En las castraciones masivas, el discurso nos obliga a mirar los cachorros sueltos y abandonados en la calle, mientras la técnica quirúrgica se degrada hasta volverse una carrera que se mide en minutos: una hembra canina equivale a 4 minutos. No es una perra; son 4 minutos.
- **Los pares.** En sus entrevistas en la cárcel, Segato encontró que la crueldad se exhibe ante los otros: se prueba que se tiene "la piel gruesa", que se pudo "abolir dentro de sí la vulnerabilidad que llamamos compasión". Quien trabaja todos los días en la crueldad del sistema aprende a no sentir para poder hacer su tarea. Y, como dice Segato de los hombres sometidos al mandato de masculinidad, la primera víctima del mandato es quien lo cumple.

El resultado, según Segato, es que dejamos de tener "receptores para el acto comunicativo de quien es capturado". El animal sigue diciendo algo con su conducta, su miedo, su dolor. Lo que aprendimos es a no recibirlo o, en todo caso, a leerlo de otra forma según quién ejecute el acto. Una cirugía que prioriza el tiempo y los costos por sobre el paciente sería impensable, y reñida con toda ética, en nuestra especie; en otras, es aceptable. Lo más doloroso es que se trata de las mismas técnicas: en un caso, la obligación es respetarlas; en el otro, la prioridad es vulnerarlas.

A quién nos enseñan a ver

La pedagogía de la crueldad no apaga la empatía de forma pareja: enseña a quién ver y a quién no. Un perro maltratado en un video indigna a miles de personas. Un operativo de castración masiva no indigna a casi nadie: se festeja. Una co-

rrida de toros es "cultura". Los chicos con gomeras son "necesidad", aunque lo que maten no sirva para comer. Los carros con caballos extenuados y maltratados son un "fenómeno social", una herramienta. Y las jaulas de la producción intensiva son algo negociable: la norma que las modifica se prorroga una y otra vez.

Esa empatía selectiva también es un producto de la pedagogía. Y se nota en las leyes: muchas normas sobre animales razonan desde los animales que tenemos cerca, el perro, el gato, el caballo, y extienden esa mirada a todos. El resultado son reglas que protegen a unos y dejan afuera, o directamente dañan, a otros.

Por eso la respuesta no puede ser solo sentir más. Una emoción más intensa, si sigue el mismo recorte, reproduce la misma ceguera.

Dos crueldades que no son la misma

Segato insiste en una distinción que cambió la forma de entender la violencia sexual. Hay violencia instrumental, que busca obtener algo material. Y hay violencia expresiva, que "dice algo a alguien": se hace para ser vista, para mostrar poder ante los pares o ante la sociedad.

Con los animales pasa lo mismo. El maltrato que se filma y se comparte en redes, la riña de perros o de gallos, una persona que maltrata a un animal silvestre o doméstico en la vía pública, el animal dañado para amenazar a una persona, son crueldades expresivas: son mensajes.

Segato advierte, a propósito de los feminicidios, que si no "hilamos fino en sus diferencias" no se pueden diseñar protocolos ni instruir a jueces y fiscales. La advertencia vale también acá. Una ley que mete toda la crueldad hacia los animales en una misma bolsa no puede responder bien a ninguna: la primera se combate cambiando sistemas y midiendo bienestar; la segunda, entendiendo a quién va dirigido el mensaje.

La contra-pedagogía: desaprender la crueldad

Si la crueldad se aprende, se puede desaprender. Ese es el punto más esperanzador de Segato y el más útil para la bioética. Ella no propone un manifiesto ni una sociedad ideal. Propone contra-pedagogías: prácticas cotidianas que vayan deshaciendo, de a poco, lo que la pedagogía de la crueldad enseñó. Pide una política "tópica" y no utópica, "pragmática y orientada por las contingencias", y "preservadora de la vida en lo cotidiano".

La bioética nació justamente como un puente entre la biología y los valores (Potter, 1971). Leer a Segato desde ahí permite traducir su contra-pedagogía en tareas concretas.

1. Volver a leer al animal

Si la crueldad empieza cuando dejamos de recibir lo que el animal comunica, la contra-pedagogía empieza cuando volvemos a leerlo. La etología, la ciencia del bienestar animal y la zoosemiótica hacen exactamente eso: observan la conducta, el miedo, el dolor y las señales de cada especie. La zoosemiótica muestra que muchos animales realizan acciones semióticas complejas: tienen algo que decir (Delahaye, 2018). La contra-pedagogía no consiste en sentir más, sino en ver mejor.

2. Cambiar el ambiente, no al animal

Cuando un sistema daña al animal, la pedagogía de la crueldad tiende a adaptar al animal al sistema: cortar picos, colas o dientes para que el hacinamiento no termine en heridas, o seleccionar animales que toleren peores condiciones. La contra-pedagogía invierte la dirección. Si el ambiente daña, se cambia el ambiente: más espacio, más tiempo, condiciones que respondan a lo que cada especie necesita. Es un criterio bioético simple y potente: ante un sistema que daña, primero se corrige el sistema.

3. Revisar las palabras

Si el lenguaje es el artefacto más automático de la cultura, también es un lugar donde empezar. No se trata de prohibir términos técnicos, sino de advertir lo que esconden. "Descarte" es una muerte. "Lote" son individuos. "Control poblacional" son cirugías, una por una, sobre animales concretos. Nombrar de otra forma no cambia el mundo por sí solo, pero vuelve visible lo que la costumbre tapó.

4. Acortar la distancia y medir el impacto

Contra el distanciamiento y la tecnocracia, la contra-pedagogía propone mirar los efectos reales. Segato pregunta, frente a la violencia de género, "qué es lo que está fallando en las medidas que se han tomado". Aplicado a los animales: una norma no se juzga por su intención sino por lo que produce en el animal, en el ecosistema y en las personas. Y se redacta con quienes conocen a cada especie, no solo con quienes la imaginan.

5. Formar sin endurecer

La contra-pedagogía también es educativa en sentido literal. Veterinarios, productores, trabajadores de faena, inspectores y legisladores aprenden su oficio en ambientes que muchas veces premian la "piel gruesa". Una formación bioética que enseñe a observar el bienestar, y que no castigue la compasión como debilidad, protege al animal y también a quien trabaja con él. Segato dice que la primera víctima del mandato es quien lo cumple.

6. Elegir el proyecto de los vínculos

Segato opone dos proyectos históricos: el de las cosas, que busca la satisfacción en acumular, y el de los vínculos, que la busca en la reciprocidad. La relación entre los humanos y sus animales domésticos es, ante todo, un vínculo de miles de años: no somos sin ellos, y ellos no son sin nosotros. Elegir el vínculo no es renunciar a convivir con los animales, ni siquiera a usarlos. Es negarse a tratarlos como cosas.

Sufrimiento para evitar sufrimiento: las castraciones masivas

La pedagogía de la crueldad no solo aparece donde se busca ganancia. También puede colarse donde se busca el bien. Las campañas de castración masiva de perros y gatos son una herramienta necesaria de salud pública y de control poblacional. Pero cuando la meta pasa a ser el número, la técnica empieza a ceder.

Quien trabaja en estas campañas lo conoce desde adentro: jornadas con decenas de cirugías, tiempos que se acortan, condiciones de quirófano que no siempre son las de una clínica, y la tentación de recortar donde no se ve, como la analgesia, la asepsia o la recuperación. El fin es preciso y bueno: evitar camadas, abandono y sufrimiento futuro. El costo lo paga el animal que está en la camilla hoy. Es sufrimiento para evitar sufrimiento.

Segato tiene una frase exacta para esto: "privilegiar las metas por sobre el método conduce a un autoritarismo del bien, tan perjudicial a veces como los autoritarismos del mal". Y la pedagogía está en todas sus vías: la repetición que normaliza, el lenguaje del "control poblacional", del "operativo" y de las "cifras alcanzadas", que habla de poblaciones y no de cada animal, la distancia de quien evalúa la campaña por la cantidad de castraciones y no por cómo quedó cada animal, y la presión sobre el profesional para que aguante.

La presión tiene nombre: eficiencia. Pero la eficiencia no se mide en sobrevida ni en buenas técnicas. Se mide en cantidad de animales intervenidos, con protocolos que reducen el tiempo al mínimo a costa de la calidad. Quien no cede a la presión de aumentar el número, y sostiene los estándares correctos, queda tildado de ineficiente. Es la lógica que Segato describe como propia de la época: la productividad, la competitividad y el cálculo convertidos en la medida de todo, incluso de un acto médico.

La contra-pedagogía acá es concreta. Medir la campaña por el bienestar y no solo por el número. Sostener los estándares de anestesia, analgesia, asepsia, buena técnica quirúrgica y recuperación aunque eso signifique castrar menos por jornada (las guías internacionales para programas de castración de alto volumen existen desde 2008 y fueron actualizadas en 2016 por la Association of Shelter

Veterinarians: ver la guía). Y reconocer que el veterinario que se niega a recortar no es un obstáculo para la campaña: es lo que la hace legítima. Un fin bueno no limpia un método que daña.

Mi escuela de humildad

En lo personal, mi profesión dio un giro inesperado cuando adopté una perra que era sistemáticamente devuelta por sus adoptantes por trastornos de conducta. Esa experiencia me puso frente a mis limitaciones técnicas, por mi desconocimiento de la medicina del comportamiento; frente a limitaciones materiales, porque no conseguía una solución, ni siquiera paliativa; y frente a una falta absoluta de reconocimiento de lo que le pasaba: su etiopatogenia, su diagnóstico y su tratamiento.

Mi perra fue mi escuela de humildad. Me hizo ver el sufrimiento que existe en una familia que convive con un animal que la está pasando mal, y el del propio animal. Ese sufrimiento tampoco se veía: no tenía nombre, ni diagnóstico, ni tratamiento al alcance. Era otra forma de no tener receptores para lo que el animal comunica. Aprender a leerla fue mi propia contra-pedagogía.

Esto va también por todos los animales a los que, en la práctica, los veterinarios no supimos ayudar a adaptarse. Porque, como se le atribuye a Claude Bernard, al menos en medicina lo que no se aprendió a ver, no se ve.

A veces, nuestra intervención, con las mejores intenciones, es como sacar a un pez del agua para que pueda respirar. Nuestras necesidades no son las mismas que las suyas, y lograr verlo en las sutilezas hace la diferencia.

Una tarea para la bioética

Ninguno de estos ejemplos es obra de monstruos. Son lo que puede hacer cualquiera que aprendió, sin darse cuenta, a mirar lo vivo como cosa, aun queriendo hacer el bien. Por eso Segato ayuda tanto: corre la pregunta de "quién es cruel" a "cómo aprendimos a serlo".

La bioética tiene ahí una tarea que no es solo argumentar. Es enseñar a ver: a leer al animal con ciencia, a cambiar el ambiente antes que al animal, a revisar las palabras, a medir lo que las normas producen y a formar a quienes trabajan con animales sin pedirles que se endurezcan. Los animales no necesitan que sintamos más por ellos. Necesitan que volvamos a verlos.

Para leer más

- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros. Las citas son de las pp. 11, 12, 15, 16, 31, 39, 41-45, 64, 69 y 72-73.

- Delahaye, P. (2018). Zoosemiotics 2.0. *International Journal for the Semiotics of Law*. DOI 10.1007/s11196-018-9563-z.
- Potter, V. R. (1971). *Bioethics: Bridge to the Future*.
- Griffin, B. et al. (2016). The Association of Shelter Veterinarians' 2016 Veterinary Medical Care Guidelines for Spay-Neuter Programs. *Journal of the American Veterinary Medical Association* 249(2): 165-188. PubMed · PDF